

WU BRADING, Celia. *Generales y diplomáticos. Gran Bretaña y el Perú 1820-1840*, Pontificia Universidad Católica, 1993. 281 págs.

En esta colección de ensayos, que constituye no obstante un conjunto orgánico y coherente, Celia Wu Brading analiza la evolución política y diplomática del Perú durante los primeros 20 años de su existencia como república. Revela facetas y sub-niveles de la realidad de esa época poco conocidos y anteriormente poco estudiados. Entre otras facetas, la autora subraya el papel importante que desempeñaron las relaciones personales entre los militares latinoamericanos y los militares extranjeros durante la guerra de la Independencia y la marcha política del Perú posteriormente. La autora muestra de una forma convincente cómo estas relaciones, entre Bolívar y el general Miller, por ejemplo, o entre Bolívar y su joven edecán Belford Hinton Wilson, forman una línea de continuidad desde Ayacucho hasta la Confederación Perú-boliviana. O bien: desde el proyecto pan-americanista de Bolívar hasta el proyecto pan-andino del general Andrés de Santa Cruz. Los jóvenes oficiales de 1824, colombianos, venezolanos, peruanos, bolivianos, británicos e irlandeses, mantuvieron una relación especial entre sí que todavía pesaba en los destinos de América Latina 20 años después.

De sumo interés es la descripción que hace la autora de la diplomacia inglesa con respecto al Perú y al resto de la América Latina en el siglo XIX. Presenta una visión mucho más realista, compleja, y matizada de la que aparece en muchos textos o manuales de historia. Revela, por ejemplo, el hecho de que dentro del mundo de la política oficial de un gran imperio existía un sub-mundo de tensiones y discrepancias, pasiones particulares y motivaciones encontradas. Los cónsules en América Latina no siempre estaban de acuerdo con el Foreign Office en Londres, y como la autora demuestra en el caso del incidente Hidalgo, a veces practicaban su propia política, muy en contra de los deseos de Londres. A veces los cónsules se guiaban por una política distinta de la de los propios comerciantes británicos cuyos intereses estaban llamados a proteger. Y a veces había discrepancias entre los propios cónsules británicos en América Latina. En este contexto, sirve de ejemplo el contraste entre el Cónsul Belford Hinton Wilson, que favorecía el proyecto de Santa Cruz de crear la Confederación Perú-boliviana, y el cónsul británico en Santiago que apoyaba más bien la posición chilena. Todavía más interesante es el contraste que señala la autora entre la política del Lord Palmerston, el secretario de asuntos y negocios extranjeros, y la de Wilson. El primero, desde su despacho en Londres, limitaba la política inglesa a la de promover los intereses comerciales del imperio y proteger a los británicos en el ultra-

mar. Pero Wilson, totalmente imbuido del ambiente local, siente una frustración constante porque quiere ir más allá de esa política pasiva y estática. Está convencido de que para realmente promover los intereses de Inglaterra conviene intervenir directamente en la política interna del Perú, sutilmente o no tan sutilmente, según las circunstancias.

El análisis que hace la autora de la diplomacia inglesa del siglo XIX en América Latina sugiere una comparación con la diplomacia norteamericana en el siglo XX. Las dos potencias practicaron una política de intervencionismo directo y militar en un comienzo. Pero las dos llegaron a ver la conveniencia de practicar posteriormente más bien la política del imperialismo del libre comercio, es decir, ejercer su influencia mediante su poder económico, con el respaldo de su poderío militar, sobre todo la fuerza naval. Según la nueva política, bastaba un despliegue de poder, y no tanto el uso directo, para conseguir los mismos resultados. A diferencia de su política en África y Asia, en América Latina Inglaterra practicaba una política del imperialismo sin territorio, anticipando las teorías del capitán Alfred Thayer Mahan, que diseñó el concepto global del imperialismo norteamericano a fines del siglo XIX.

Pero lo más interesante de su narración es la forma de presentar estas realidades abstractas. Lo hace a través de personajes de carne y hueso que creen en sus propias ideas y las defienden con pasión. Sobre todo en el contraste entre el Cónsul Belford Wilson y el estadista Manuel Ferreyros, la autora capta dos visiones del mundo muy distintas y opuestas: la visión de un inglés que, aunque simpatiza con el Perú, subordina al Perú a un proyecto más grande, que es en este caso concreto la creación de la Confederación de Santa Cruz, que a su vez favorecería los intereses de la Gran Bretaña; y la visión de un peruano, cuyo nacionalismo exige que el Perú no sea subordinado a los diseños de un poder extranjero, sea Inglaterra o Bolivia. Y los dos actores mantienen relaciones personales muy estrechas con los protagonistas principales del drama: Wilson con Santa Cruz y Ferreyros con Gamarra.

Esta historia se construyó a base de una exhaustiva investigación en múltiples archivos: los archivos nacionales del Perú, Chile, Francia, así como los archivos de las oficinas de relaciones exteriores de Inglaterra y el Perú, y ciertas colecciones privadas, como el Archivo Borda Ferreyros. La autora presenta los argumentos y puntos de vista de los militares y diplomáticos mediante un estudio de sus memorias, y sobre su correspondencia. Las Guías de Forasteros sirvieron como fuentes de gran valor para resaltar la importancia

de los oficiales extranjeros en el Perú mucho tiempo después de 1824. El apéndice incluye varias de las cartas más interesantes, así como una copia del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación de 1837, en inglés y en castellano. Falta una bibliografía final, que habría sido muy útil para el lector.

Al terminar la lectura de este libro, una lectura, dicho sea de paso, muy amena, queda una interrogante: después de haber expuesto de una manera muy convincente la posición del cónsul inglés, Belford Hinton Wilson, y la del nacionalista peruano, Manuel Ferreyros, ¿con cuál de las dos partes simpatiza más la autora? En realidad, la razón de hacer esta pregunta no es para exigir una respuesta, sino para llamar la atención al hecho de que la autora cumplió muy bien su deber como historiadora: describe con objetividad la postura de cada uno, y muestra comprensión para cada uno, dejando al lector con la impresión de que cada postura era válida, claro está, desde la perspectiva de cada uno. Sobre todo, nos convence de que la historia del Perú de esa época no se puede entender sin tomar en cuenta ambas maneras de ver al mundo.

*Jeffrey Klaiber, S.J.*